



LA MADUREZ SEXUAL DEL CÉLIBE

Fr. Cosme Puerto Pascual
Madrid

0. INTRODUCCIÓN: un modelo global de madurez sexual

El fracaso de los modelos biomédicos y biológicos al final de los años cincuenta con la aparición de la valoración personalista de los sesenta, hizo necesaria una nueva propuesta de intervención en la sexología científica. Como muy bien explica el filósofo J. A. Marina “La sexualidad es dinamismo *ómnibus* que empieza en la fisiología, atraviesa los tupidos campos de la religión, la psicología, la economía, la política, para llegar a la ética. Y en cada uno de esos territorios se le adhieren significados, como a los que atraviesan la selva se les pegan lianas, hojas, flores y algunos escarabajos. Si queremos entender la sexualidad, tenemos que reactivar esos copiosos sedimentos, de la misma manera que para comprender las caprichosas configuraciones de un mar de lava hemos de remontarnos al volcán del que proceden”¹.

La sexualidad del célibe para ser comprendida, valorada, vivida, explicada, analizada, evaluada y tratada necesita un marco amplio donde entren todas las piezas del rompecabezas. La madurez de la sexualidad no puede ser reducida al aspecto genital reproductor, emocional y erótico. Exige ser entendida en su acepción plena, como una realidad que refleja y se expresa en todas las dimensiones de la persona: biofisiológica, psicológica, afectiva, social, cultural, axiológica, higiénico-sanitaria e incluso religiosa y espiritual. La sexualidad no puede ser considerada como un aspecto marginal, sino como una realidad profunda, presente y operante en todas las dimensiones de la persona.

Hablar, pues, de “madurez sexual” en sentido correcto, significa hablar de madurez integral y armónica de la persona célibe; pues, aunque el sexo, la

¹ J.A. MARINA, *El rompecabezas de la sexualidad*. Barcelona, Anagrama, 2002.



sexualidad y la erótica constituyen elementos esenciales, no son los únicos. La metodología holística personalista es una propuesta de intervención global en la sexualidad. Su aplicación a nuestro tipo de vida sexual ayuda a enfocar de una manera diferente nuestra vida sexual célibe.

1. FACTORES DE LA SEXUALIDAD

La sexualidad no es, ni está vinculada, a una sola dimensión de nuestro ser personal. Comprendernos como seres sexuados supone indagar en elementos orgánicos, psíquicos y socioculturales de la personalidad.

1.1. El cerebro sexual y el despertar de la madurez

El cerebro es el órgano más importante de nuestra sexualidad célibe. La ciencia actual, a pesar de la dificultad que entraña, está logrando llegar a esas partes intrincadas del cerebro donde reside la memoria sexual y emocional, y que alimentan y prolongan las buenas sensaciones para mantener vivas las relaciones sexuales-afectivas, no genitales, hasta el final de la vida.

La exploración de este órgano sexual, en los últimos tiempos, se está convirtiendo en la tarea principal de la ciencia sexológica. La llave del amor no está directamente en lo que vemos y tocamos, sino en lo que percibimos y procesamos a través del cerebro. Aunque se sienta como algo genital, casi todo lo que influye en el amor y en la sexualidad ocurre en el cerebro. Nuestro cerebro decide lo que es atractivo para uno, lo que hay que hacer con esos sentimientos, cuánto pueden durar y cuándo puedes comprometerte. Un cerebro sexual saludable es la mejor garantía de una relación afectivo-sexual no genital, intensa, prolongada y gozosa. Un cerebro disfuncional es, sin embargo, el camino directo hacia el fracaso amoroso.

En el pasado, al tratar la sexualidad, en un modelo biológico juvenil, el énfasis se ponía en una genitalidad reproductora; pero esto está cambiando. Se está produciendo el despertar de la menopausia y andropausia, al alargarse la vida media de las personas, cuando la mujer y el hombre ya no tienen obligaciones materno-paternales y les queda aún mucha vida por delante; y aunque en algunas mujeres se pierda, en otras mujeres rejuvenece de nuevo su deseo sexual. También el célibe ve cómo la madurez se alarga y la crisis de la mitad de la vida toma otros significados y derroteros.

1.2. Madurez sexual, ¿un oasis al que llegar?

En su etimología latina, maturus significa “aquello que está en su punto máximo de desarrollo”, lo que implica “haber alcanzado un nivel envidiable de capacidades de pensamiento, emociones y de conductas que nos permiten actuar con mejores resultados. Desde el punto de vista biológico y corporal, las



personas maduras están como las frutas: con el mejor sabor y... ¡en su punto!". Es lo que yo llamaría "madurez relativa de la sexualidad holística", donde todos los elementos de que consta han alcanzado, como la fruta, su mejor sabor.

A simple vista, la "madurez" aparece como algo ya conseguido, como un crecimiento o maduración ya completados, sin más caminos por recorrer y sin más metas que anhelar. La madurez, en efecto, implica un haber crecido ya, o un haber llegado a sazón. Desde esta perspectiva, el crecimiento sexual se puede describir como un proceso madurativo de la persona sexuada, sexual y erótica, que permite alcanzar las posibilidades de realización humana en sus elementos componentes. Esta madurez sería el resultado final de unos procesos y unos logros, debidos, a su vez, a la maduración (adultez) de unos órganos, de unos componentes y de unas funciones.

Sin embargo, en la persona sexuada, la madurez indica un "proceso" más que un "estado" o "un final"; una posibilidad creadora, más que un estereotipo estable; un poder experimentar que, de alguna manera, lo mejor está todavía por venir, más que la experiencia de haber llegado. Digamos que la madurez señala un momento, altamente cualificado del devenir evolutivo humano sexual, que incluye cierta estabilidad de lo alcanzado ya y la fluidez de los procesos en devenir, la integración conseguida y la reestructuración incesante. La madurez emerge del crecimiento sexual anterior y comporta un nuevo crecimiento proyectado hacia el futuro. Cada estadio del devenir y crecer sexual tiene su propia madurez.

Por tanto, madurez y crecimiento sexual son procesos coincidentes y en ocasiones sinónimos. El individuo maduro sexualmente desarrolla y ejerce las posibilidades de evolución que le permiten intercambios satisfactorios con la realidad mediante dinámicos procesos creadores.

1.3. El modelo de deterioro, aplicado a la madurez sexual, se considera hoy inadecuado

La sexualidad adulta, que constituye un largo periodo de nuestra vida, era estudiada desde el modelo biológico de deterioro. Se creía que, pasada la adolescencia, no había cambios hasta que llegaba la involución en la segunda etapa de la vida. Hoy sabemos que la adultez no constituye un periodo de estancamiento, sino que sufre profundas transformaciones y pasa por distintas fases con el paso de los años. Al considerársela como algo estático, los estudios realizados eran temáticos. La evolución era progresiva desde la infancia hasta la edad adulta. Se estabilizaba en sus primeras décadas, para comenzar la involución a partir de la segunda mitad de la vida. El cambio de la conducta sexual era uniforme, unidimensional y unidireccional. Se basaba en un modelo hormonal biológico de crecimiento. Los cambios de la conducta sexual estaban unidos a la edad.

Al basar el crecimiento sexual en un modelo genital biológico, olvidaban otros muchos elementos o aspectos que influyen en la sexualidad desde el



nacimiento. No tenían en cuenta el modelo global y la variedad de componentes no biológicos que constituyen la sexualidad. Los componentes globales de la sexualidad evolucionan de forma distinta, en interacción compleja, de donde nace la dificultad de adoptar un modelo válido para todos los componentes. Mientras unos disminuyen por la edad, otros van en aumento. La evolución depende de factores universales, histórico-situacionales. A medida que avanza la edad, el desarrollo se hace menos uniforme.

El aserto fundamental sobre la vida sexual adulta es su variabilidad. En Occidente, la vida sexual adulta es tan plural que resulta difícil caracterizarla como se hacía en el pasado. Hay quienes carecen de toda actividad o deseo sexual, por asfixia o negación de la misma, como resultado de una educación infantil inadecuada que termina por crear personas asexuadas o desexuadas; un cierto número de personas se dirige y fija en una clara conducta sexual machista, agresiva; y otros, en una orientación de conducta homosexual. Algunas llegan a la heterosexualidad y en ella logran el ajuste sexual, en unas relaciones de igualdad, reciprocidad, realizadora y gozosa para la pareja.

1.4. La madurez sexual en la perspectiva sexológica del futuro

Atrás van quedando ciertos planteamientos éticos, provenientes de una moral restrictiva. La sexualidad célibe no podía menos de verse afectada por estas interpretaciones arcaicas, otrora generalizadas en la Iglesia. Algunos místicos protegieron la sexualidad del célibe sublimándola, proporcionándole un marco de relaciones afectivo-sexuales no genitales y centrándola en el amor a Dios. Sin embargo, la teología moral, respecto a la sexualidad del célibe, incorporó el enfoque biologicista, legalista y mecanicista de la misma.

Fue el Vaticano II el que redefinió la sexualidad genital, describiéndola no tanto en referencia a los hijos cuanto en referencia a su potencial de crear un vínculo amoroso con otra persona. La procreación y la comunidad de vida y amor se reconocieron como dimensiones equivalentes de la sexualidad. Desde entonces, “una comunidad de vida y amor” se ha convertido en la mejor definición de la sexualidad del célibe y de la sexualidad en pareja.

Es una lástima que, todavía hoy, perviva en muchos de nosotros una visión restrictiva de la sexualidad, equiparándola al comportamiento genital reproductor.

2. TODA APROXIMACIÓN AL ESTUDIO DE LA MADUREZ SEXUAL DEL CÉLIBE REQUIERE UN MARCO GLOBAL

2.1. ¿Qué marco postula la sexología científica para comprender la madurez sexual?



Cualquier reflexión en torno a la madurez de la sexualidad religiosa requiere un contexto, un marco de referencia que nos ayude a tener una perspectiva integral u holística de la cuestión. El contexto es muy importante. Nos ayuda a centrar la cuestión de la madurez sexual del célibe y nos ofrece pistas para resolverla. Pistas que nos pueden ayudar a comprenderla y, sobre todo, a recorrer el camino que a ella conduce. Los temas que nos sirven como marco para nuestra reflexión son la profundización y conocimiento del sexo, la sexualidad y la erótica. Los presentaremos y desarrollaremos en el contexto del crecimiento y madurez, a lo largo de la vida del religioso. Con el paso de los años, debemos llegar a comprender mejor y a valorar más hondamente nuestra sexualidad y celibato.

Al replantear la contextualización socio-cultural del hecho sexual humano como proceso hacia la madurez, tenemos que hablar de sexuación para explicar cómo se sexúan los célibes; también de la sexualidad, para dar cuenta de cómo la viven; y, por último, de la erótica, para indicar cómo se expresan y la gozan. Se trata, pues, de dar entidad epistemológica al origen, proceso, desarrollo, construcción y maduración de los sexos como sujetos, personas y religiosos. Se trata, en definitiva, de su unidad conjunta y su diversidad por separado².

La sexología le brinda respuestas, al célibe contemporáneo, sobre estas tres grandes preguntas u objetivos que debe conocer, contestar y diferenciar para hablar de madurez sexual en su proyecto de vida: 1) Cómo se sexúan los célibes, 2) Cómo viven su sexualidad y 3) Cómo pueden expresarla y ser felices con ella.

2.2. La sexuación camino hacia la identidad sexual

El término *tabú* nos llegó importado de la Polinesia gracias a los estudios de Malinowski. Un término que ha llegado a tener tal éxito en nuestro país, que puso de moda la expresión: “*El sexo es tabú*”. El sexo es lo que no se estudia, ni se debe ni puede hablarse. ¿Qué entendemos por sexo?, ¿a qué llamamos sexual? Algunos piensan que ambos términos son sinónimos. Lo negamos rotundamente. El sexo es un concepto. Y como tal, pensable y razonable. Y si, como de hecho sucede, el sexo ya no es ignorado, sino estudiado y conocido, sería preciso articularlo de manera que pueda ser entendido, expresado y formulado con la mínima dosis de precisión y propiedad que permita su desarrollo, como sucede con otros conceptos y así podamos pensar, hablar y entender su proceso como camino a la identidad.

a) Sexo y sexuación

“El concepto moderno de sexo incluye los genitales, pero no a la inversa: los antiguos genitales no incluían el sexo. La entidad propia del sexo es

² AMEZÚA, 1993.



la sexuación, y ésta tiene sus consecuencias sobre la reproducción y el placer; pero, sobre todo, en las identidades y en la organización de sus deseos; en definitiva, en sus relaciones como sujetos sexuados, lo que abre un horizonte nuevo y distinto a los planteamientos del pasado “³”.

El “sexo” y la “sexuación” son constructos descriptivos que responden a la necesidad científica de designar los sustratos datables de la vida sexual humana hacia la madurez de todo sujeto. Y aunque no reina precisamente la unanimidad entre quienes se sienten autorizados para definir este primer campo conceptual, aquí lo seguiremos considerando como el único sustrato objetivable del hecho sexual humano y religioso de la madurez.

El sexo es un concepto que tiene su historia, como también la tiene el de sexuación. Puede decirse que ambos son, en realidad, objetos de múltiples historiografías. De esto se deduce que arrastran consigo un plus de carga mitológica del que, si llegamos a evaluar su beneficio para la sexualidad del célibe, a lo mejor llegamos a la conclusión de que carecemos de ideas claras y de que la teología actual le debe dedicar más tiempo por su importancia y trascendencia.

El concepto “sexuación” es fundamentalmente soporte biológico, que sirve al propósito diferenciador. A través de la sexuación nos hacemos sexuados. Hacemos referencia a los elementos estructurales y estructurantes que hacen que seamos machos o hembras. Hablamos de un proceso utilizando el adjetivo “bio-psico-social”, una construcción biográfica.

Con el término sexuación nos referimos al proceso biográfico a través del cual cada persona se va haciendo macho (andrizando) o se va haciendo hembra (ginizando) a través de una sucesión compleja de hechos que conocemos como niveles de sexuación (algunos bastante conocidos como: sexo genético, gonadal, genital, endocrino, cerebral, sistema nervioso central, somático, etc.). La sexuación es un proceso de transformación que convierte un material previo (precursor indeferenciado), que es sexuable pero indiferenciado, en un material de destino (estructura sexuada).

Llamamos agentes sexuales, que pueden ser andrógenos o ginógenos, a los encargados de llevar a cabo tal transformación diferenciadora. Los agentes sexuales hasta ahora conocidos son cuatro: genéticos, endocrinos, neuronales y eidéticos. Se trata de un proceso secuencial, que dura desde la concepción hasta la muerte, y en el que la causalidad es sincrónicamente lineal (lo anterior influye en lo posterior) y diacrónicamente, intersexual; esto es, nos sexuamos en una y otra dirección. Los niveles de la sexuación que la conforman tienen elementos azules o amarillos (masculinos o

³ E. Amezúa.



femeninos); lo cierto es que se encuentran ambos elementos en todos los niveles.

La resultante de este proceso de sexuación de la persona es la convicción de que uno es hombre o mujer. Habitualmente, se ha denominado “identidad sexual” al resultado de esta acción autoclasificante. La identidad sexual y de género no queda fijada en la infancia, ni tampoco en la adolescencia, que son una etapa más, una travesía en la permanente construcción de sí mismo, como relación dialéctica entre cambios biológicos por un lado y socialización por otro. Pero una identidad clara y profunda es propia de la madurez relativa. Esta identidad generada en el proceso de madurez de socialización va a permitir a la persona integrarse en un sistema social y religioso, apropiándose de su sistema simbólico para pasar, posteriormente, a una creciente autonomía e independencia propias de la madurez sexual.

b) Sexo y género

Para la comprensión de la sexualidad del célibe, considero prioritaria y esencial la distinción de los conceptos de sexo y género, si bien, como hemos visto, la construcción de la identidad es un proceso que requiere una visión pluridimensional. Pero, aunque es necesario distinguir estos conceptos, la sexualidad se enmarca tanto dentro de los dominios del sexo como de los del género. Es necesario, por tanto, una reconceptualización de los dos constructos para cuya finalidad se hace imprescindible la interdisciplinariedad de las ciencias, que contribuya a la claridad del debate hoy abierto.

El “sexo” es un proceso evolutivo que, iniciándose en el vientre de la madre y acabando en la muerte, hunde sus raíces en lo biológico, que es modificable; y, a la vez, muestra una evolución psicosocial, también modificable. El sexo no puede ser reducido a los órganos genitales, y su desarrollo exige los mismos factores explicativos que cualquier otra dimensión humana de la persona y, sobre todo, del cerebro.

El constructo psicológico de “género” posee un contenido social y tiene una vertiente colectiva (adaptación de las personas a las expectativas de la sociedad y religión) y otra individual (la identidad de género, es decir cómo vive cada uno su propio género y mantiene su individualidad). Esta identidad de género se sustenta casi siempre en el sexo asignado al individuo. No venimos al mundo con una identidad de género, pero al asignarnos un sexo en una determinada sociedad de acuerdo con los genitales externos, nos reforzarán la masculinidad o la feminidad.

La forma en la que nos percibimos, sentimos y nos relacionamos en lo más profundo de nuestro ser es muy importante para la persona madura, pues va a condicionar nuestras relaciones célibes afectivo-sexuales. Pero, a su vez, esa forma de sentir está influida por el tipo de actitudes y valores respecto del cuerpo sexuado y de la sexualidad del entorno sociocultural y religioso.



Es, pues, necesario considerar la doble realidad de sexo y de género, viendo la interacción de lo biológico y lo social, sin separarlo en biológico (no modificable) y psicosocial (modificable), cosa que ha sido frecuente. La persona sexuada y sexual debe considerarse como un todo bio-psico-social. Asumir la circularidad explicativa, es decir, que todos los niveles de polaridad, considerados como tales hasta ahora, están interactuando continuamente a lo largo de nuestra vida. Esto supone que el proceso de identificación es circular, no de arriba a bajo. Por tanto, la sociedad y la religión influyen en los individuos y éstos influyen en ellas. El proceso sexuado de identidad y su madurez deben analizarse en el contexto del ciclo vital, sometido a los condicionantes de la historicidad, y añadiendo la reflexividad como síntesis dialéctica entre los cambios producidos en el dimorfismo sexual y en el género: “el sistema de sexo género”.

Los conventos se convierten en talleres de sexuación y sexualidad. El religioso con el cincel del esfuerzo, del trabajo personal y el escoplo de su voluntad activa, van tallando y dando forma al bloque de mármol original e imitando el modelo. Mediante el voto de castidad se comprometen a realizar e imitar en sus propias vidas el modelo de sexualidad célibe de Jesús. El libro de los evangelios se convierte en el espejo donde mirarse día a día, para poder realizar e imitar de la manera más fidedigna posible. Las comunidades se convierten de ese modo en talleres, donde cada uno con su esfuerzo personal y con la ayuda de los demás religiosos, se forman y convierten en los mejores artistas de su propia identidad sexual.

2.3. Sexualidad integral y madurez

El concepto de sexualidad es denominado por muchos autores modernos “sexidad”, por ser un concepto que da cuenta mejor del resultado de la sexuación del conjunto de la persona y de sus efectos en los sujetos sexuados. Pero, ya que dentro del pensamiento cristiano se ha preferido el de sexualidad, desde su aparición en el primer tercio del S. XIX, resulta útil no perder de vista el anterior, porque es el que mejor da cuenta de eso que indica el concepto y la palabra sexualidad.

El concepto de sexualidad, como el de sexuación, son innovaciones de la época moderna, y ambos han nacido para dar cuenta de la nueva conceptualización científica de los fenómenos igualmente nuevos e inexistentes hasta ahora en términos científicos. Los dos dan cuenta de los procesos y vivencias de los nuevos sujetos sexuados, y sin ellos no se puede comprender y estudiar la madurez sexual del religioso dominico.

La sexualidad hace referencia al conjunto de vivencias, expresiones, conductas propias subjetivas de esta condición sexuada, como también al modo de vivenciarse y expresarse las personas sexuadas. La sexualidad es, fundamentalmente, conciencia, significación y vivencia subjetiva de la condición sexuada. Así pues, la sexualidad es la construcción subjetiva y personal de mi



manera peculiar de ser el hombre o la mujer que soy. A través de ella, nos hacemos sexuales y dotamos de significados a los hechos sexuales originarios.

La sexualidad es el segundo gran pilar de la sexología científica. El más genuinamente sexológico. Un concepto amplio, pero no impreciso o difuso en relación a ese conjunto ordenado de rasgos y vivencias que definen y distinguen a un sujeto sexuado de otro sujeto sexuado. Puede incluir todo lo que acabo de decir sobre el sexo, pero abarca un horizonte mucho más amplio y complejo. Si la sexuación es el proceso a través del cual las personas se hacen o llegan a hacerse de uno u otro sexo, la sexualidad deviene en el modo resultante y global de sentirse, vivirse y experimentarse como tales sujetos sexuados.

A modo de síntesis, podemos resumir estas ideas preguntándonos cuáles son los componentes de una sexualidad madura, adulta, completa, integrada y plena. Tal como se da la sexualidad en las religiones y culturas de todos los pueblos, encontramos muchos elementos fundamentales que, ojalá, pudiesen ser integrados armónicamente en la unidad del ser sexual. Los componentes son: corporal y genital, psicológico, afectivo, social, cultural, axiológico, religioso e higiénico-sanitario. No hay sexualidad madura y adulta sin la real capacidad de integración y actualización a cada edad, para mantener una relación sexual total.

Al término de esta breve disquisición, aunque no sea una definición perfecta, podemos describir el concepto de sexualidad como lo hace la Organización Mundial de la Salud: *“La salud sexual es la integración de los elementos somáticos, emocionales, intelectuales, culturales (sociales, axiológicos, religiosos e higiénico-sanitarios) del ser sexual por medios que sean positivamente enriquecedores y que potencien la sexualidad, la comunicación, el amor y la realización feliz y gozosa de la persona”*⁴.

La sexualidad humana es la manera de vivenciarse, expresarse, encontrarse, relacionarse, comunicarse... consigo mismo y con las demás personas sexuadas. Sus ricas funciones o significados, dentro de su complejidad, son muchos: identificación, realización, reproducción, relación, comunicación, atracción, amor, deseo, unión, placer, tacto, ternura, caricia, entrega y un largo etc. Se ha dicho que la sexualidad “es una parte integral de la personalidad de todos: hombre, mujer y niño. Es una necesidad básica y un aspecto de la vida. Sexualidad no es sinónimo de coito, no es si tenemos orgasmos o no y no es la suma total de nuestras vidas eróticas. Estos pueden ser parte de nuestra sexualidad pero de igual manera pueden no serlo. La sexualidad es mucho más; está en la energía que nos motiva a encontrar el amor, contacto, calidades e intimidad; se expresa en la manera en que sentimos, nos movemos, tocamos y somos tocados; es sobre todo, ser sensual

⁴ Cuadernos de la Salud Pública , nº 47. Ginebra, año 1974).



así como ser sexual. La sexualidad influencia pensamientos, sentimientos, acciones e interacciones y por consiguiente, nuestra salud mental y física”⁵.

Como conclusión de este apartado, la madurez sexual consiste en la integración y actualización armónica de cada uno de los elementos o aspectos de la sexualidad, de acuerdo a la etapa evolutiva por la que debe pasar cada persona sexuada, sexual y erótica hasta la llegada de la muerte. El religioso no debe olvidar que su evolución sexual es un proceso evolutivo que abarca toda la vida y que tal proceso exige gradualidad, complejidad creciente, profundización y ampliación. Y mediante una formación permanente, debe conocer las características de cada periodo por donde debe pasar, respetando las características individuales de cada uno, y asumir que las etapas posteriores dependerán de cómo viva las que actualmente está viviendo.

2.4. Derecho del célibe a vivir una gozosa sexualidad

¿Tiene que ver algo la sexualidad del célibe con la erótica? Aquí aparece la palabra temida por muchos célibes: felicidad. La experiencia universal se encarga de dar la respuesta: la sexualidad puede ser fuente de gozo, felicidad y placer en grado sumo si es vivida en forma integrada, plena y madura; pero también puede ser fuente de infelicidad, masoquismo, sadismo y displacer si está ausente en sus manifestaciones o si es vivida desde la escisión de sus elementos, inmadurez, amor posesivo, temor, miedo y culpa. Esa misma experiencia nos dice que, si es vivida sólo desde el placer físico genital, es posesiva y objetivizante del otro y proporciona un placer demasiado efímero.

a) Eros, ágape y felicidad

La felicidad, como gozo pleno y estable, más como estado de bienestar que como acto o momento, no es fruto de un acto genital rápido sino de una sexualidad plena e integrada, siendo el orgasmo integral un punto culminante en ese estado de felicidad. La felicidad y el placer del célibe es el fruto de la unión del religioso con Dios, siendo la unión amorosa sexuada su expresión suprema. Del mismo modo, nos provoca felicidad somática y espiritual la unión con el amigo o la entrega a los demás mediante nuestro amor de ágape.

En la encíclica *Deus caritas est*, Benedicto XVI ha hablado con detenimiento del amor, destacando sus dos formas fundamentales: ágape y eros. “Esto depende ante todo de la constitución del ser humano, que está compuesto de cuerpo y alma. El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del eros puede considerarse superado cuando se logra esta unificación. Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto considera la materia, el cuerpo, como una realidad exclusiva,

⁵ Langfeldt y Poter (1986).



malogra igualmente su grandeza". "Sólo cuando ambos se funden verdaderamente en unidad, el hombre es plenamente él mismo. Únicamente de este modo el amor –eros- puede madurar hasta su verdadera grandeza".

El mensaje del Santo Padre para la cuaresma incide de nuevo en el eros: "Pero el amor de Dios es también eros. En el Antiguo Testamento, el Creador del universo muestra, hacia el pueblo que ha elegido, una predilección que trasciende toda motivación humana. El profeta Óseas expresa esta pasión divina con imágenes audaces como la del amor de un hombre por una mujer adúltera (cf. 3,1-3); Ezequiel, por su parte, hablando de la relación de Dios con el pueblo de Israel, no tiene miedo de usar un lenguaje ardiente y apasionado (cf. 16, 1-12). Estos textos bíblicos indican que el eros forma parte del corazón de Dios: el Todopoderoso espera el "sí" de sus criaturas como un joven esposo el de su esposa".

La erótica del célibe tiene muchos encantos. Debemos vivirlos y hablar de ellos a la gente que educamos. El mundo secular busca lo positivo, los encantos de cada tipo de vida sexual, no sólo las renunciaciones y represiones. Si nosotros no los conocemos y no los vivimos, es imposible hablar de ellos a los demás. "Maestro, ¿dónde vives?; ven y verás". Si la vivimos únicamente como renuncia y separada del eros, ¿cómo se van a experimentar los encantos? Si los jóvenes que desean entrar en la orden preguntaran a alguno de nosotros sobre los encantos de la vida sexual del célibe, no creo que muchos pudieran decir "ven y verás". Cuando el célibe toma libremente la opción de vivir su sexualidad, es necesario que aprenda a gozar del bienestar físico-sexual-afectivo, de la calma que produce la integración para vivir lo que se desea y, sobre todo, de una oración donde el eros se hace sentir en nuestros cuerpos sexuados.

b) Para una madurez erótica

El concepto de erótica hace referencia a la expresión gestual de lo sexual: aquellos hechos, realizaciones e interacciones a través de las cuales vivimos y expresamos que somos sexuados y sexuales. La erótica es fundamentalmente acción. La interacción con unos y otros, que son distintos y diferentes de mí. A través de ella, nos hacemos célibes eróticos. El eros, la madurez erótica, es un dinamismo que se aprende y cultiva, y cuyos refinamientos no son alcanzables fuera de una relación interpersonal amorosa. Su madurez pone en guardia al célibe contra la cultura de la masturbación, pero no porque sea fuente de placer completo y porque tal placer sea dañoso para la salud sino, más bien, porque puede privar de una búsqueda afectivo-sexual que le conduciría al verdadero placer completo.

El pilar de la erótica no es sino un elemento de la experiencia de las relaciones afectivo-sexuales plenas. Puede integrarse o no con los otros componentes. Lo cierto es que, cualquiera que sea la importancia que se dé al placer sexual, éste es inherente a la capacidad de las relaciones afectivo-sexuales no genitales. Es importante, por lo tanto, situarla en el conjunto del desarrollo global de la persona. El que vive y ama a través de unas relaciones



afectivo-sexuales no genitales es un ser carnal y sexuado. Esto es, por lo demás, lo que hace de él un ser de felicidad y placer sexual. Incluso de su actitud para descubrir los jalones del placer y del displacer depende, en muy buena medida, su crecimiento y madurez sexual personal.

La cuestión de la madurez erótica del célibe da pie muchas veces a confusiones, si no se tienen en cuenta los diferentes elementos de la sexualidad. Antes de hablar globalmente de la madurez erótica del religioso, sería oportuno preguntarse por la madurez propia de cada uno de los elementos presentes en la experiencia sexual. En el plano de la erótica sexual, la madurez no consiste en reprimir ni en suprimir dicha capacidad erótica, ni siquiera en dominarla, sino, por el contrario, en darle su pleno desarrollo.

El consagrado logrará su madurez sexual en la medida en que se haya hecho capaz de compromiso erótico, capaz de vivir el placer con toda la intensidad que le es debida dentro de la armonía, dentro de su proyecto de vida sexual de una relación interpersonal adulta. Dado que la madurez erótica del religioso es cuestión gradual, la madurez no depende únicamente de su maduración erótica sexual. Pueden darse, incluso, signos de una gran madurez en una persona que viva serios bloqueos en el plano sexual. Una zona de inmadurez no compromete necesariamente el desarrollo de la persona erótica, a condición de que esa zona o componente esté integrada en la experiencia del ser sexual.

2.5. ¿Qué es la sexualidad célibe?

Toda reflexión en torno a la sexualidad célibe requiere un marco más amplio del contexto de referencia que nos aporta la perspectiva genital reproductora del pasado. Hoy en día son todavía muchos los célibes que son educados en una valoración represiva y restrictiva del sexo, sexualidad y erótica, equiparándolas al comportamiento genital. Visión estrecha que no les ayuda a valorar la globalidad, la complejidad y la riqueza de una sexualidad célibe por el Reino.

a) De la negación a la integración

La vida sexuada, sexual y erótica para el célibe sólo existía para ser negada. La materia del voto de castidad se convertía, pues, en genitalidad, en lugar de sexualidad; en posesión, en lugar de amor de ágape. Se convirtió en un ejercicio de incorporeidad, en la espiritualidad asexuada y neutra, en falta de contacto, en alejamiento del otro, vacío, temor, instrumento de perdición, obstáculo para la vida espiritual, miedo, aislamiento, soledad... en seguridad para en el más allá. Era una especie de biologismo genital, divorcio entre lo corporal y lo espiritual, inviolabilidad física, prohibición, carencia. La vida comunitaria se convirtió en un grupo de extraños que aprendían vivir solos.

Esta lista de negaciones resulta penosa, no tanto por su existencia, cuanto porque refleja que no se había entendido nada en absoluto de la castidad por el Reino. Además, nos impedía entender correctamente el celibato



de Jesús, desde las nuevas lecturas, en positivo, que del mismo podíamos hacer al abrirnos al ámbito científico de la investigación actual. La consagración de nuestra sexualidad que imposibilite el amor, el encuentro, la relación y la entrega por entero a la vida espiritual y a Dios es negadora de ese tipo de vida.

El mundo secular se halla ante nuevos interrogantes acerca de la naturaleza del sexo, sexualidad y erótica, de sus significados y funciones, así como del lugar de la vivencia y expresión sexual en la sociedad. El comportamiento sexual se entiende, según hemos visto, más como una opción y entrega que como limitación y peligro; más como proceso de maduración, que como materia de fracaso; más como algo propio y que define algo propio del género humano, que como algo exclusivamente genital. Por tanto, todo lo que en el pasado se consideró zanjado surge ahora en medio de un torbellino de incertidumbre. Es, a mi juicio, un momento de gracia y de empuje del Espíritu.

b) Sexualidad y vida religiosa

De lo que no hay duda hoy es de que la vida religiosa tiene que ver con la sexualidad. El voto del celibato no puede dejar de verse afectado por los nuevos conceptos e interpretaciones de que ha sido objeto por parte de la sociedad y la ciencia. La interpretación de la sexualidad, generalizada en la Iglesia, se ha visto profundamente desautorizada y negada dentro y fuera de ella. La tradición mística del pasado propició siempre una interpretación amorosa y afectiva centrada en Dios. A esa ventana abierta por los místicos, se une ahora la puerta abierta por el Concilio Vaticano II, que redefinió la sexualidad genital, describiéndola, no tanto en referencia a la procreación, cuanto en referencia a su potencial de crear un vínculo vital con otra persona. Esta aportación abre la sexualidad célibe como materia de nueva exploración que, unida a la que nos imponía el avance científico, puede hacer este tipo de vida más comprensible y explicable al mundo en que vivimos.

La sexualidad y la genitalidad, o experiencia genital del sexo, no son idénticas. La sexualidad es una experiencia mucho más amplia que la mera genitalidad. La sexualidad humana es una capacidad relacional, un dinamismo de encuentro, apertura, diálogo, amor, comunión y creatividad. Los religiosos se ven diariamente desafiados a integrar las exigencias variadas de la sexualidad en su vida, a fin de encontrarse y relacionarse con los demás, mediante el amor a Dios y a los otros. El ágape celibatario hoy les pide una sexualidad más rica y amplia, además de aportarles una experiencia de las capacidades más vivificantes y amorosas de su mundo relacional, capacidades sexuales-afectivas que no tiene que ver nada con las genitales.

c) Renovando la comprensión de la sexualidad desde el amor

Es urgente renovar la definición de la sexualidad para el religioso. Es algo más que una inviolabilidad física, que un control, prohibición, carencia o renuncia de algo. Es una comunidad de vida y amor. Es algo que potencia las relaciones interpersonales, que hace posible el amor, la amistad, la confianza, los ricos sentimientos personales y que los dirige a su verdadero destino: Dios



y, desde El, a los hermanos. Significa aprender a amar bien, a no asustarse de los errores o egoísmos iniciales, y que nos lanza a un amor con generosidad de ágape, a un amar sin reservas a los que Dios pone al lado en nuestra vida.

Es una aventura de relaciones sexuales-afectivas no genitales que proporciona a la misma sexualidad aliento nuevo, libertad, disponibilidad para cumplir sus demandas, además de darnos el poder de convertir nuestras comunidades en academias de ternura oblativa, no posesiva, del amor de Dios. Tiende puentes para llegar a los demás y no quedarse cerrados en nosotros mismos. Es una afectividad vivida con las manos abiertas, desde el ágape, en dirección a un Dios que es el único que puede llenarlas. Sus encantos y efectos pueden ser maravillosos, y hasta pueden aportar el testimonio que necesita la sexualidad de la pareja para salir de sus crisis... Es, en definitiva, una nueva manera de vivir la sexualidad.

La maduración sexual concierne a la capacidad de relación y de amor, no meramente a la capacidad de practicar el sexo genital. La madurez implica, por tanto, su integración en la madurez afectiva y en la madurez personal, para ser fuente de unas ricas relaciones interpersonales o intersexuales en orden a construir el nosotros sexual por el Reino de Dios.

La madurez de la sexualidad célibe se logra mejor en el nosotros sexual celibatario, donde muchos hermanos empujan en la misma dirección de la sexualidad, que apoyados sólo en la propia. La sexualidad célibe alcanza mejor sus metas mediante la sinergia del nosotros comunitario, donde muchos empujan juntos, ayudándose y apoyándose en su proyecto común de vida. El célibe que se cierra en su individualidad afectivo-sexual está condenado a su soledad e individualismo y a perder las mejores aportaciones de su vida religiosa. Hay que mimar, para nuestra madurez sexual, la acogida, la comunicación, el diálogo, la escucha gozosa del nosotros sexual, para hacer posible una sexualidad célibe, tierna y cariñosa entre los hermanos, cuyo fin es amar y sentirse amados.

Los miembros del nosotros sexual comunitario deben evaluar cómo va el componente afectivo-sexual de sus miembros. La evaluación, para que logre sus objetivos, debe estar marcada por la corrección fraterna y no detener la energía sinérgica que debe reinar para llegar a la meta de la plena madurez.

3. LA MADUREZ SEXUAL DEL CÉLIBE NO LLEGA POR ACUMULAR AÑOS

3.1. “*Madurez sexual*”, expresión... ¿temida o amada?

Quien dice que cualquier tiempo pasado de su sexualidad fue mejor, no tiene experiencia de madurez. Desde mi ingreso en el noviciado, que era un volcán de hormonas sexuales a punto de comenzar una gran erupción, con la



amenaza de llevarse todo tras de sí, me preguntaba cuándo llegaría eso de la madurez sexual, de la que tanto me hablaban para alcanzar la “castidad perfecta”. Ahora que he perdido el miedo a la sexualidad, además de realizar un pacto de amistad con ella, me atrevo a bucear en ese mar que, a estas alturas de la vida, está un poco más en calma.

Dejando a parte la maduración sexual de cada persona según su estado evolutivo, la madurez sexual se suele limitar a un periodo de la vida sexual. Las características de este periodo son: capacidad de voluntad activa, actitudes positivas, actualización de sus componentes, autocontrol, integración armónica, libertad ante ella, autonomía afectiva, vivencia por medios positivos, creatividad, experiencia y responsabilidad con los compromisos adquiridos con ella.

“Maduro sexual” es quien tiene capacidad para mediar entre sus necesidades sexuales y sus impulsos genitales, y encajarlos dentro de un proyecto religioso o social, con una auténtica moral y sus normas. No conseguir una madurez sexual es sinónimo de ser esclavo de los propios impulsos sexuales. La persona madura en su sexualidad es más libre, puede cuidar de sí misma y planificar y alcanzar metas con ella. Madurar significa que tenemos que elegir, dejar atrás muchas cosas; pero, para avanzar, es necesario ponerse en camino. Un camino que, al principio, será penoso, pues se pierden en él ciertos privilegios sexuales y no acaban de vislumbrarse los nuevos. Y, como tal viaje hacia la madurez, será un aprendizaje diario y sin fin, puesto que nunca dejamos de crecer.

3.2. La crisis de la mitad de la vida

Entender la madurez sexual como un fin es un error; al contrario, es algo que se va haciendo, que va llegando. La sexualidad del célibe y la castidad suelen presentarse como un ideal estático y no como un camino a alcanzar: “soy casto”, “soy virgen”. Se habla de castidad perfecta y no de un éxodo o vida sexual evolutiva, algo a alcanzar: “me voy haciendo casto o virgen”. Pero no podemos engañarnos. Alcanzar la ansiada plenitud no es fácil. Llegar a la madurez sexual es costoso. Se trata de un camino largo, arduo y difícil, ya que tienes que aprender a aplazar tus impulsos, a dominarlos, y tienes que aceptar condiciones y responsabilizarte.

Por lo demás, al estancarse y disminuir las hormonas sexuales, la madurez sexual se caracteriza por una disminución de esa energía o impulso vital. En muchos, surge también la angustia, el miedo a perder la pasión, la ilusión, lo ya logrado... Pero el problema más grave de la madurez surge cuando te quedas encallado en tu decisión, hasta que eliges de nuevo. Te das cuenta de que no has hecho ciertas cosas, de que no quieres madurar y, sobre todo, frente a la felicidad, existe el peligro de confundirla con la comodidad y la falta de esfuerzo.



Ha llegado el momento en que, en el transcurso de este período, uno se pregunte: "¿Qué quiero, cómo vivo, ahora que ya hice lo que había planeado hacer?". Como refiere Michael Nichols: "cuando llegamos a los cuarenta y cinco años, nos acercamos al punto medio de la vida. No suena ningún ¡gong!, por supuesto, pero comienzan las punzadas"... La edad y sexualidad madura, dentro de este contexto, se define como una etapa de transición del adulto medio al adulto mayor, en una edad cronológica que oscila entre los 45 y 60 años. Me encuentro a la mitad de mi vida. Sólo pensar en ello se reavivan mis ánimos y desaparecen todos mis miedos. ¡Daba tanto pánico pensar que la muerte era la única puerta que se podía abrir!

Un sentimiento de inquietud se adueña de nosotros junto con la conciencia de que éste es el final del crecimiento y el principio del envejecimiento. La madurez sexual, a la mitad de mis años, es todavía tiempo de hacer inventario, de quitarse las gafas con cristales de color idealista y llamar a las cosas por su nombre. A lo largo de la maduración sexual del religioso, su vida sexual pasa por crisis de desarrollo, lo que se considera normal dentro de este proceso evolutivo. El problema es aceptarlas con talante positivo y tratar de hallar las mejores soluciones para cada una de ellas. La que aquí nos preocupa más a los varones es la denominada "*andropausia*".

A la mitad de nuestra vida tenemos todavía que mirar de frente lo mucho que queda por hacer, tender un puente entre la madurez y la edad avanzada, intentar ensamblar las piezas de ese complejo rompecabezas que somos como personas sexuadas, sexuales y eróticas. Estos años más que mirar a la muerte, es tiempo de volver a evaluar la vida sexual célibe, es una etapa que nos trae nuevas responsabilidades, roles y aprendizajes para coger las nuevas sendas hacia la plena madurez sexual. Los años que nos quedan por vivir es lo que marcan el realismo ante los que nos precedieron.

Es a partir de esta edad cuando el religioso se encuentra ubicado en un estatus psicológico y social, en donde la experiencia, las metas alcanzadas y la productividad tienen una revaloración importante. Es el momento en que las capacidades físicas y psíquicas inician un cambio notorio. El inicio de los cambios fisiológicos tiene una influencia que habrá de resolverse, hasta llegar al duelo por las pérdidas significativas y optar por los beneficios de la madurez sexual.

3.3. Los religiosos de edad avanzada.

Cicerón escribió "las grandes empresas no se administran con las fuerzas, la agilidad o la velocidad del cuerpo, sino con la reflexión, el prestigio, el juicio; cualidades que en la vejez no solo no se pierden sino que se desarrollan. Y no hemos de limitarnos a cuidar el cuerpo, sino mucho más de la inteligencia y del espíritu; pues éstos también, como una lámpara a la que no se echa aceite, se extinguen en la vejez con el desuso".



Cuando uno tiene que iniciar la travesía final de la vida para llegar al puerto de la muerte, debemos preparar el último itinerario de manera consciente. Ocuparse de la sexualidad de la edad avanzada no es fundamentarla en la metodología biológica involutiva sino en la holística de la madurez. La primera resalta las limitaciones físicas y el desaliento, la segunda nos ofrece el paisaje de la edad senecta desde nuevos aprendizajes, posibilidades, crecimiento, desarrollo y el caudal de gozos sexuales que depara esta nueva etapa de la vida sexual.

La capacidad para los goces de la sexualidad del célibe se inicia con el nacimiento, para no concluir hasta la muerte; sin duda, la edad avanzada modela la expresión de esta sexualidad, al igual que modela nuestra forma de relacionarnos en otros órdenes de la vida. Sin duda, pues, cada religioso expresa y vivencia su sexualidad en función de variables y, entre ellas, una de capital importancia es la edad del religioso.

Toda etapa de la vida sexual ofrece ciertos recursos y alternativas y esto no debe olvidarse en la etapa del “declinar sexual”. Hay un dicho que nos recuerda: “donde fuego hubo, cenizas quedan”. Aunque os produzca risa, como sexólogo os recuerdo, que debemos considerar la edad avanzada como la posibilidad de que la vejez sea justamente el período que permita mayores posibilidades de lo que podríamos llamar “madurez” o “plenitud sexual” y ser conscientes de que no digo plenitud genital. La sexualidad del célibe, mediante la renuncia a lo genital, no nos pide a estas edades penes erectos dispuestos siempre a coitar como a un joven, pero ser unas personas y comunidades de “buenos amantes” es propio de las personas consagradas a Dios.

Las tentaciones contra el voto de castidad en la edad avanzada no vienen por tentaciones genitales sino por la carencia en nuestras comunidades de unas relaciones tiernas y cariñosas. Los niños y las personas de edad avanzada necesitan de la ternura, tacto y caricias como el aire que respiramos. Las relaciones afectivo-sexuales son inseparables de la vida apostólica. Si todo lo que vivimos y predicamos no es una expresión de nuestra capacidad sexuada de amar, entonces es algo vacío. Todos los religiosos desde el comienzo de su consagración deben aprender el arte de la ternura. Nuestras comunidades deben ser para los propios religiosos y para cuantos se acercan a ellas, academias de ternura del amor oblato no posesivo de Dios. Somos, debiéramos ser, la mano femenina y tierna del rostro materno de Dios para quienes se acercan a nuestra vida. Esto es lo que necesitan los religiosos de edad avanzada para alcanzar gozosos y alegres el último puerto de sus vidas: la muerte. Para lograr esto en las comunidades, no hay que dudar en vender nuestras mejores joyas, como quería Domingo de Guzmán.

El anterior Maestro de los dominicos, fr. Timothy Radcliffe dejó escrito algo que vale, sin duda, para todos los religiosos: “Ante todo, no hay que tener miedo a amar. El miedo destruye una necesidad fundamental en nuestra humanidad. Debemos aprender a deleitarnos con el otro sin tener ninguna idea de posesión. Castidad y pobreza están vinculadas. Aquellos que son verdaderamente pobres son libres para amar porque no tienen necesidad de



adquirir o de poseer. La sociedad de consumo cree que todo tiene un precio, que todo puede comprarse. En tal sociedad, amar sin ninguna idea de posesión es difícil. Pero es posible: Debemos tener confianza: Dios que nos ha llamado a esta vida nos quiere felices. A menudo, cuando hemos elegido este camino, tenemos mucho miedo de envejecer solos, frustrados, paralizados. Para mí ha sido siempre importante encontrarme con dominicos ancianos. Tal vez han debido combatir, tal vez han tenido fallos, no lo sé. Pero lo que sí veo es que saben lo que significa amar. Para los frailes jóvenes es tremendamente importante”. Yo opino que es el mejor testimonio, ejemplo y testamento que pueden dejar a los futuros jóvenes, que viven nuestro carisma dominicano.

Aunque la mayoría de los religiosos siguen asociando madurez y plenitud sexual a la potencia de la genitalidad o a las dotes de conquista, la madurez sexual en la etapa avanzada es algo más globalizador, más sencillo y más complejo... Siendo realistas y humildes, debemos reconocer que el saber vivir la sexualidad del célibe requiere tiempo, y que no es por casualidad que la sabiduría y la plenitud sexual son patrimonio del largo convivir con uno mismo, los miembros de nuestra comunidad y de nuestro entorno religioso. No es por casualidad que tal, y como comenta Jonathan Swift, “ningún hombre sabio deseó ser más joven”.

Termino con el salmo, cuando iban a la siembra lloraban, pero a su regreso volvían con las gavillas en sus hombros gozosos. Sin duda, es difícil continuar aprendiendo, creciendo, madurando y disfrutando de la sexualidad de edad avanzada, cuando uno se hace a la idea de que ya lo ha aprendido y logrado todo y no le queda nada por controlar, descubrir o mejorar. Sin duda, creer a pies juntillas que la sexualidad del célibe se agota y que la vejez constituye “la propina de la vida”, es más que suficiente para producir una disminución en las relaciones sexuales-afectivas del célibe, un abandono de las mismas, temor a envejecer, rabia contenida, resignación, depresión hasta la muerte, el olvido en el alcohol y otras compensaciones que matan al célibe.

3.4. ¿Qué problemas surgen principalmente en la madurez sexual del célibe?

Enumero algunos problemas relacionados con la madurez sexual del célibe. Se trata de una lista no exhaustiva que cada lector, desde su experiencia, podrá matizar y enriquecer:

- Los mitos, tabúes o falsas creencias sexuales.
- Las actitudes negativas o represivas del comienzo de la sexualidad célibe.
- La falta de una autoimagen positiva de su sexualidad.
- La carencia de una educación e información sana y de un concepto integral.



- Actualización e integración, al nivel exigido hoy.
- La no educación de nuestro cerebro emocional o afectivo.
- Olvido de que, en el camino hacia la madurez, no todo son ventajas, los inconvenientes también existen y conviene recordarlos para no quedarse en la inmadurez.
- Mirarla desde el mirador de la mitad de la vida, olvidando que hoy vivimos más.
- La sexualidad no termina entre los 45 y 60 años.
- Que la clave de la madurez está en dos palabras: prevención y cuidados.
- La madurez manifiesta el uso o abuso que hemos hecho antes de ella.
- Más años no es sinónimo de vivir la sexualidad con más calidad.
- No hacer ejercicio regular, no cuidar el cuerpo ni la alimentación.
- El abuso del alcohol por falta de perspectivas ilusionantes de futuro.
- Preocuparse más por vivir lo que aporta, que por lo que lleva de renuncia.
- Los juicios generalizados negativos acerca de la sexualidad, con el paso de los años.
- Carencia de un clima y cuidados que ayudan a madurarla en nuestras comunidades.
- Comunidades donde sus miembros se traten, respeten, dialoguen, amen y sean amados para sentirse vivos.
- Pensamientos negativos sobre ella propician la generación de neurotransmisores que afectan al sistema inmunológico y tienen repercusiones negativas en la salud del religioso.
- No esperar y aceptar los cambios que se producen con gozo.
- No cambiar a tiempo el estilo de vida exigida por cada etapa de la sexualidad.
- Pesimismo con que viven la sexualidad los que nos preceden en experiencia y años.



- Posponer la madurez, en vez de aceptar y seguir caminando y aprendiendo.
- No vaciarse a tiempo o dejar lo que ya no sirve para vivir la siguiente etapa.
- Percepción previa negativa de la madurez sexual.
- Mirando sólo hacia atrás, difícilmente se llegará a ser maduro, simplemente nos haremos viejos.
- Solamente quienes se despiertan todos los días con la idea de que hay mucho por hacer, aprender en este y otros campos, seguirán alcanzando la madurez sexual.

3.5. ¿Cómo una comunidad de personas sexuales maduras puede ayudar a las inmaduras que viven en ella?

La madurez sexual del célibe nos proporciona la capacidad de mantener y estar cómodos con otras personas, de tener encuentros y relaciones afectivo-sexuales con intimidad, de encontrarse y relacionarse tal cual uno es. La inmadurez sexual da a luz sentimientos afectivo-sexuales que minan la relación entre sus miembros: poca tolerancia, máxima exigencia, temor a entregarse y a ser dañado. Pero los beneficios de arriesgarse al compromiso maduro son enormes, puesto que la comunidad crece y madura en sus relaciones afectivo-sexuales. Entonces sí, desde la madurez sexual y no desde el mito, somos hermanos, alguien con quien compartir toda la vida y mantener esas relaciones sexuales en el tiempo.

Los rasgos que caracterizan, en una comunidad, al miembro inmaduro en sus relaciones afectivo-sexuales son: la falta de realismo, el exceso de fantasía en lo que exigen en este campo y lo poco que dan, su poca tolerancia a las frustraciones, falta de paciencia y constancia, el poco esfuerzo que ponen para seguir creciendo, dificultad para asumir compromisos y responsabilidades, escaso control sobre su energía sexual...

Si por nuestro ingreso en la Vida Religiosa hemos decidido compartir nuestra vida afectivo-sexual con estas personas, algunas herramientas nos permitirán ayudarles y mejorar nuestra convivencia comunitaria. Enumeramos algunas de ellas:

- Ayudarles a enfocar su capacidad afectivo-sexual con realismo y objetividad.
- No dejar que caigan en idealizaciones. Es fundamental que no sólo vean lo bueno de la vida sexual célibe, sino que aprendan que las relaciones sexuales también pasan por momentos arduos.



- Facilitar la comunicación afectivo-sexual para que se conozcan a sí mismo.
- Diálogo honesto y respetuoso que servirá para conocer al otro y reconocerse a sí mismo.
- Evitar la monotonía y rutina en las relaciones afectivo-sexuales de la comunidad.
- Una relación afectivo-sexual, establecida con madurez, utiliza la comunicación para satisfacer los deseos mutuos y estimular las nuevas metas en común.
- Plantearse retos afectivo-sexuales posibles. Las metas sexuales inalcanzables estimulan una parca tolerancia al fracaso y a la frustración.
- Los objetivos sexuales de la vida célibe compartidos en la vida comunitaria deben ir subiendo, como una escalera, a medida que pasa el tiempo y crecen los vínculos entre sus miembros.
- Aprender a superar los fracasos o errores de todo camino sexual hacia la madurez con ciertas dosis de optimismo y humor.
- Los errores en la sexualidad del célibe no son fáciles de asumir; pero inferir un aprendizaje de ellos, es la clave para seguir el camino hacia la madurez sexual.

4. CONCLUSIONES

4.1. La sexualidad es una cuestión que, sencillamente, no va a desaparecer nunca. Vivimos tiempos permisivos y peligrosos. Pero sigue mereciendo la pena empeñarse en soñar con nuevas utopías y cambiar las cosas. Las maneras de vivirla son muy variadas y una más es la célibe. La educación sexual es un derecho de todo individuo y ha de ser respetado y defendido siempre. Educar sanamente a un célibe para la madurez sexual es hacerle un adulto feliz. Las cosas que merecen la pena como la madurez requieren esfuerzo. Pero si los formadores, superiores y guías célibes están confundidos en su propia sexualidad y no tiene claro su voto, ¿cómo pueden orientar y formar a otros para la madurez?

4.2. Necesitamos invitarnos personal y mutuamente a dedicar a un tiempo de reflexión, que permita hacer un análisis de quiénes somos cada uno, como personas sexuadas, sexuales y eróticas; de qué recursos disponemos en nuestra sexualidad y a dónde podemos llegar... Además de planificarlo, se necesita tiempo y tranquilidad. Hoy en día, en la vida religiosa estos elementos escasean: apenas dedicamos tiempo para pensar y reflexionar; las decisiones



se toman más por impulsos que por un análisis objetivo; se vive, tal vez inconscientemente, de acuerdo a unos estereotipos del pasado, que deberíamos cambiar o renovar. Lo primero que nos aportaría esta reflexión, sería tener un objetivo claro de nuestra sexualidad. Además, el profundo conocimiento de la madurez sexual de uno mismo será la que ayude a elegir la dirección a tomar.

4.3. Nietzsche decía que quien tiene un porqué para vivir y madurar, encontrará casi siempre el cómo lograrlo. Buscar la madurez de nuestra propia sexualidad nos convierte en actores de nuestra madurez, cuando aceptamos que somos los únicos responsables de ella y dejamos de culpar a los demás, al pasado, a las circunstancias exteriores. Sólo entonces nos sentimos capaces de luchar y esforzarnos contra la inercia que está en nosotros y nos impide llegar. Hay que aprender a ser uno mismo, para poder determinar hacia dónde se quiere ir. Aceptar esta responsabilidad pasa por muchos años de camino, silencio, crisis, vacíos... Pero incluso en estos tramos del camino más difíciles hacia la madurez, tenemos siempre la capacidad de elegir y salir a flote.

4.4. La madurez no es el destino final al que se llega después de haber recorrido la infancia, pubertad, adolescencia y juventud, sino el camino por donde discurre la mayor parte de nuestra vida sexuada, sexual y erótica. Por eso, es como un oasis donde hacer una tranquila parada, un lugar donde podemos pensar y orientar con calma, reponiendo nuestras fuerzas para continuar. Porque sabemos que el único camino posible es el futuro, es como un espejismo que nunca se hace presente y siempre se ve en el horizonte. La idea es entender que, perseguir la madurez con un esfuerzo razonable y metas posibles, es una fuente continua de gratificación, una fórmula eficaz para aumentar nuestros éxitos. Después de todo, las pequeñas, pero frecuentes metas de la madurez sexual relativa, nos deparan más alegrías que el gran logro de la madurez absoluta, que resulta inalcanzable.

4.5. Elegir vivir la sexualidad en una vida célibe es una positiva y gozosa inversión. Para elegirla y vivirla en libertad y responsabilidad hay que conocer sus atractivos y encantos espirituales, relacionales, comunitarios, afectivos y eróticos. No se trata de que los célibes sean felices cuando se educan, sino darles instrumentos para que puedan ser felices cuando son adultos maduros. Únicamente serán maduros cuando tengan la capacidad de comprenderla, vivirla, integrarla, controlarla, decidir y elegir ese proyecto en libertad. La sexualidad célibe es sólo una parcela de la sexualidad humana. Los que la eligen tienen una ambición de transformar la realidad presente por el Reino, y, si se pierde el impulso de hacer que las cosas que no gustan cambien, esa supuesta libertad se convierte en una nueva forma de esclavitud sexual.

4.6. ¿Qué hacer con las ascesis en la vida sexual del célibe? La experiencia me ha enseñado su necesidad e importancia, del mismo modo que he aprendido la inutilidad e ineficacia de una ascésis negativa y represiva basada en el sufrimiento. La educación sexual negativa, represiva y normativa del pasado te lleva a ser un religioso desexuado y neutro. La ascésis positiva y creativa de una sexualidad gozosa, te enseña con sus logros, la importancia de



formarte en una voluntad activa fuerte y perseverante. Sin ella es imposible lograr la madurez, los gozos y la felicidad a la que está llamada. No puede ponerse al servicio de la comunidad una sexualidad de relaciones afectivo-sexual feliz si no se ha cultivado mediante el esfuerzo de una voluntad activa y fuerte. Cuesta más vivir una sexualidad positiva y gozosa al servicio de la comunidad, que negarla o reprimirla. Luchar cada día por hacer felices a los hermanos es mucho más útil y difícil, que renunciar y reprimir ese potencial afectivo sexual tan necesario para tener comunidades tiernas y cariñosas donde poder envejecer con alegría.

4 .7. Por muchas vueltas que le doy, no termino de entender dónde están las maravillas de esa etapa llamada madurez erótica sexual del célibe. ¿Dónde se esconden? Pero llega un momento en que sólo hay una salida: dar un paso firme y avanzar, renunciando a unas cosas, sí, pero descubriendo otras muchas; aceptando desde la responsabilidad y la libertad; en definitiva, creciendo sexualmente. Es el único camino hacia la integración y equilibrio pleno, ése que nos devolverá la energía para impulsarnos hacia delante, siempre hacia delante, en el compromiso fiel del voto realizado.

BIBLIOGRAFÍA

- DOMINIAN, J. *Hacer el amor. El significado de la relación sexual*. Santander, Sal Terrae, 2001.
- MERKLE, J. A. *Un toque diferente. Los votos en la vida religiosa*. Santander, Sal Terrae, 1998.
- MÜLLER, W. *Besar es orar. La sexualidad como fuente de espiritualidad*. Santander, Sal Terrae, 2005.
- PUERTO PASCUAL, C. y PRIEGO MARTÍNEZ, T. *Comprender la sexualidad. Para una orientación integral*. Madrid, S. Pablo, 1995.
- RADCLIFFE, T. *Promesa de vida*. Salamanca, San Esteban.
- SANTOS, B. *Sexualidad creativa. Para vivir y gozar que ya es bastante*. Colombia, Ed. S. Pablo, 1994.

CUESTIONES PARA EL DIÁLOGO COMUNITARIO

1.- ¿Cuáles son los elementos esenciales de una formación sexual sana y evolutiva de un religioso?

2.- ¿Cómo resaltarías la parte atractiva y los encantos eróticos, afectivos y espirituales de la vida sexual del célibe?

3.- ¿Cuáles son, a tu parecer, las mayores dificultades o las más frecuentes en el campo de la sexualidad del religioso dominico?



4.- ¿La madurez de la sexualidad nos da una mayor autonomía afectiva?

5.- ¿Se educan y cultivan en nuestras comunidades los valores femeninos de sensibilidad, acogida, escucha, ternura... que tanto favorecen una vida sana y gozosa de comunidad?